

rió el 25 de setiembre de 1534 cuando el Papa estaba justamente á punto de cambiar otra vez la amistad con Francia por la del emperador. Su sucesor Alejandro Farnesio, que fué elegido despues de un corto cónclave en 13 de octubre y que adoptó como Papa el nombre de Paulo III, no valia mucho mas que su predecesor, pero era un discípulo legítimo del Renacimiento italiano. Habia sido elevado al cardenato por Alejandro VI, amante de su hermana Julia, y construyó el palacio mas hermoso de Roma. Sabido es el juicio abrumador de un político veneciano, el cual decia que Su Santidad tenia tanto cariño á sus descendientes que casi era imposible encontrarlo mayor en el hombre mas amante de sus hijos en ninguna nacion del mundo. Este maestro del nepotismo, que se apresuró á conceder la púrpura cardenalicia á dos sobrinos segundos suyos, de los cuales el uno solo tenia 14 años y el otro 16, mostró, sin embargo, bastante criterio para comprender la necesidad de una reforma en la Iglesia católica. Tuvo el valor de hablar en favor del concilio como lo habia hecho siendo cardenal; y aunque tan grande afición al concilio era inverosímil en cualquier Papa, y encontró en todas partes la mayor desconfianza, Paulo III dió pruebas de que estaba decidido á introducir desde luego reformas en el gobierno eclesiástico. Así se ve por los nombramientos de cardenales que efectuó en 1535 y 1536 y que hicieron entrar en el sacro colegio á personas como el obispo de Paris Du Bellay, el auditor Ghinucci, el veneciano Contarini, el inglés Pole y otros. Hacia mucho tiempo que la curia romana no habia visto tantas capacidades intelectuales y morales en su seno, y un autor italiano presenta esta disposicion de Paulo III á los luteranos como una prueba de que este Papa no era el Anticristo. Entonces sucedió tambien que un nuncio papal, el apologista Vergerio, tuvo una entrevista con Lutero. Este mismo Vergerio estaba encargado de trabajar contra la convocacion de un concilio nacional aleman y á favor de un concilio general y propagaba la idea tanto entre los protestantes como entre los católicos, ya fuesen magnates ó particulares. Pero los protestantes continuaron pidiendo un concilio independiente y cristiano, segun ellos lo entendian, y que se reuniera en Alemania. Juan Federico mandó decir al embajador del Papa que la verdadera utilidad de una asamblea de esta clase consistia precisamente en que ofreciera la ocasion de dar á conocer á las demás naciones la verdad evangélica; y Lutero declaró al nuncio en Wittenberg que no se necesitaba ya el concilio para los evangélicos sino para la cristiandad, á fin de que aquellos que no habian conocido todavía la verdad y los errores suyos los conocieran. Lutero y Bugenhagen fueron invitados á comer con el nuncio, el cual quedó sorprendido al ver presentarse á Lutero, considerado por los católicos italianos como una especie de oso, vestido hasta con elegancia, con mangas de raso, guarnicion de pieles, cadenas y anillos de oro. Lutero habia dicho á su barbero que queria parecer jóven y elegante, para hacer rabiar al italiano, y lo consiguió. Vergerio creyó ver algo satánico en las ardientes miradas y ojos inquietos del plebeyo Lutero, que, naturalmente, habló como siempre sin consideración á nadie; y cuando el nuncio le echó en cara su demasiada presuncion, contestó el reformador impetuosamente: «La ira que expresan mis palabras es la ira de Dios y no la mia.»

Los protestantes alemanes se vieron en aquel tiempo agasajados por diferentes lados: sus jefes se pusieron en contacto con el Austria, Roma se dignó tratar con ellos y Francisco I dió á sus tentativas de aproximacion política una forma religiosa. Grande fué el gozo de los reformadores de Wittenberg cuando Melancton y Butzer recibieron en el verano de 1535 una invitacion del rey de Francia para pasar á su corte. La historia del movimiento reformista en Francia recomendaba

á la verdad la mayor precaucion, si bien en las capas superiores de la nacion francesa se habia desarrollado, á consecuencia del humanismo, un gran interés por la reforma religiosa alemana. La facultad de teología de Paris habia declarado desde un principio la guerra á la herejía alemana; pero varios personajes de tendencias erasmicas y amigos del subjetivismo místico formaban una especie de oposicion mas ó menos prudente, cuya cabeza espiritual, el venerable Jacobo Lefevre de Etaples, se habia hecho sospechoso á la Sorbona con su exégesis liberal é independiente de la Biblia, y gracias á Guillermo Briçonnet, obispo de Meaux, pudo encontrar con otros partidarios del reformismo un asilo en la citada ciudad. Pareció abrirse un brillante porvenir á las tendencias reformistas en Francia cuando en la misma corte se manifestaron simpatías inequívocas á favor de la Reforma, siendo principalmente Margarita, la inteligente hermana de Francisco, la que se esforzó con gran entusiasmo por atraer á la nueva doctrina á su madre y á su idolatrado hermano. Luisa de Saboya dice, en efecto, en su diario, en el mes de diciembre de 1522, que ella y su hijo habian comenzado por la gracia del Espíritu Santo á conocer á los hipócritas. Francisco I salvó entonces á mas de un hereje condenado á la hoguera. Sabido es que jamás fué fanático, á causa del poco interés que para él tenian los asuntos religiosos; pero por lo mismo tampoco pudo entrar seriamente en las ideas reformistas. Mientras tanto fomentó de una manera verdaderamente grande las ciencias, y en especial la filología; fundó el Colegio Real en 1529 y las universidades de Burdeos y Nimes; elevó el idioma francés á idioma oficial, y admitió las singularidades de sus poetas nacionales y de los artistas italianos con inteligente bondad; pero por otro lado consideraciones políticas le hicieron el verdugo de los reformistas en Francia. Jamás les habia profesado particular afecto y su carácter frívolo era todo lo contrario de la fanática religiosidad reformista, que entre sus súbditos se desarrolló bajo la presión siempre creciente de la persecucion unida al temperamento nacional.

A ejemplo de su hermana Margarita, empleó tambien su influencia á favor de los perseguidos durante algun tiempo. Ana de Pisseleu, que recibió el título de duquesa de Etampes, abrió la larga serie de las queridas reales célebres en la corte de Francia. El contraste entre la frivolidad del rey y la severa moralidad reformista (1) se manifestó, entre otras ocasiones, cuando durante la fiesta organizada por la ciudad de Paris para celebrar las bodas de su rey con la reina Leonor, Francisco I, junto á la ventana abierta de su palacio y á la vista de todo el pueblo de Paris, se entretuvo horas enteras en bromear con su querida. Era esta una manifestacion del genio de los antiguos galos, representado tambien por el poeta Rabelais, que dijo que el hombre se distinguia de los irracionales en que podia reír. Este poeta, tan pródigo en materia de chistes é inmundicias con que inundó á los misántropos y enemigos de la risa, no comprendió el culto de lo bello, proclamado por el renacimiento italiano, ni tampoco la severidad moral de la reforma alemana; pero en cambio unió á su licencia loca, como todos los verdaderos franceses, una gran dosis de buen criterio. Rabelais fué un libre-pensador que estaba muy léjos de dejarse quemar por sus principios, y que para huir de los jueces que en Francia le acusaban de herejía, tuvo el buen tacto de no refugiarse en Alemania ni en Ginebra, sino en la misma Roma. Se burló de los idólatras como de los que se burlaban del Papa, de sus colegas

(1) Ya hemos visto por lo que antecede que esta severa moralidad, si bien era proclamada por todos, no era observada por muchos.

(N. del T.)

los frailes y de los «calvinistas poseídos.» Se comprende que Francisco I no se indispusiera con aquel filósofo de la risa á pesar de sus ataques dirigidos contra la Iglesia y el gobierno; y la misma Margarita, su hermana, casada desde 1527 con Enrique de Navarra y que convirtió su pequeño reino en asilo de la Reforma perseguida, era autora á la vez de poesías devotas y de novelas bastante licenciosas. Su corte en Pau y Nerac no era asilo solamente de los partidarios de la reforma perseguidos como Lefevre, sino tambien del escéptico Des Periers y de algunos místicos quietistas, á quienes Calvino no hubiera sufrido en Ginebra. En la corte de Margarita podia vivir cada uno segun su religion, como en la abadía ideal de Thélème, imaginada por Rabelais como templo bienaventurado de la belleza y de la libertad intelectual.

El movimiento religioso de Francia produjo, á consecuencia de la viveza de ingenio nacional, muchos mas elementos libre-pensadores que en Alemania; y la ciudad de Lyon durante algun tiempo fué el centro de ateos y epicúreos, con gran escándalo de católicos como de protestantes. Allí vivieron Rabelais; el célebre poeta Clemente Marot, que supo evitar con mucha habilidad y destreza el martirio del cuerpo, y Estéban Dolel, el llamado Caton cristiano, que habia sacado de Lucrecio inextinguible odio á toda persecucion religiosa, pero que á pesar del favor del rey fué alcanzado por su fatal destino. En Lyon vivieron tambien Des Periers, el autor de *La Campana del Mundo*, por el estilo de Lucrecio, y el español Miguel Servet, que por sus escritos contra la Trinidad, publicados en 1531 y 1532, habia horrorizado á todos los teólogos católicos y protestantes y que no contento con sus grandes descubrimientos en medicina, se creyó firmemente llamado á restablecer el verdadero cristianismo. Todos estos libre-pensadores fueron en sustancia hijos tardíos del movimiento humanista y precursores de la posterior indiferencia religiosa, y por este motivo no pertenecen á su época, que era la de la intolerancia creciente.

Ya hemos visto con qué ardor se apoderó el pueblo en Alemania de la reforma; mas en Francia no existió semejante fermentacion general y profunda, lo cual no impidió que en algunos puntos se interesara gente del pueblo bajo en el movimiento, como, por ejemplo, el cardador de lana Juan Leclerc, en Meaux, que predicó tambien en Metz é hizo la guerra á las imágenes. Sin embargo, la gran mayoría de la nacion, en cuanto nos es permitido juzgar, miró semejantes predicaciones mas bien con repugnancia que con simpatía y el gobierno, ya de suyo mas fuerte en Francia que en Alemania, no se vió en el caso de temer un espíritu peligroso en la masa del pueblo. Así, despues que el asustado místico Briçonnet hubo hecho salir de Meaux á sus protegidos y solicitado el envío de inquisidores, empezaron aquellas horribles persecuciones, ante las cuales no sucumbió el partido reformista pero que le llevaron á una situacion cada vez mas contraria á la Francia católica y monárquica. La lista sin fin de los mártires franceses de la Reforma empieza con Juan Leclerc, que fué azotado tres dias consecutivos (en 1523) en la ciudad de Meaux y señalado despues con un hierro candente porque habia pegado á la puerta de la catedral un escrito contra la venta de indulgencias y contra el Anticristo de Roma; y cuando al año siguiente, «impulsado, decia, por el espíritu de Dios,» destruyó las imágenes, la Iglesia ultrajada empleó todos los horrores de la justicia criminal contra aquel enemigo inicuo, al cual se cortó la mano derecha, se le arrancó con tenazas ardientes la nariz y se le destrozaron los brazos y el pecho, para entregarle finalmente á la hoguera. La fe religiosa y el desprecio estoico de la muerte de la víctima son igualmente características de la reforma religiosa en Francia, que la crueldad refinada de sus perseguidores.

Con toda la pasion de francés meridional hizo Guillermo Farel, el amigo de Leclerc y el verdadero precursor de Calvino, la guerra santa á las imágenes, á las ceremonias y procesiones religiosas en Montbeliard y en la Suiza occidental, sin que le atemorizara el haber estado varias veces á punto de perder la vida entre las manos de sacerdotes y mujeres fanáticas. Justamente el fanatismo exagerado de ciertos evangélicos reformados, como la mutilacion de la imagen de una Virgen en Paris y la publicacion de carteles, repugnó particularmente al rey, cuya actitud hacia los protestantes osciló entre el rigor y la condescendencia, hasta que aquellos mismos carteles publicados en octubre de 1534 le hicieron para siempre adversario de los reformados. La invencion horrorosa de un jurisperito de Paris de quemar á los herejes á fuego lento fué enteramente del gusto del pueblo, que segun dice un contemporáneo, maldecia y denostaba á las infelices víctimas en medio de sus tormentos. No obstante, tanto se temió á muchos protestantes condenados á muerte que se les cortó la lengua antes de conducirlos al suplicio.

Estas crueldades de la persecucion fueron en concepto de Melancton y de Lutero un motivo principal para creer que no debia rechazarse la invitacion del rey Francisco. En el año 1534, Melancton no solamente habia escrito á la reina de Navarra, sino que tambien habia redactado un informe sobre el modo mas conveniente de acabar con las divergencias religiosas en Francia, en cuyo trabajo se exponia, segun él mismo dijo, á ser calificado de demasiado condescendiente, todo con el fin de no asustar desde el primer momento á los franceses católicos. Prescindiendo de la confesion, del culto de los santos hasta cierto punto y de la mayor parte de las ceremonias religiosas, se conformó Melancton tambien con la organizacion jerárquica de la Iglesia, pues encontró ventajosa la «monarquía papal» para la conservacion de la unidad religiosa; y respecto de los obispos, opinó que si no existiesen seria menester inventarlos. Asimismo mostró severidad contra los autores de los carteles funestos, á quienes calificó de hombres fanáticos y peligrosos que sostenian opiniones absurdas, y declaró que él no era amigo de una libertad salvaje. En una palabra, Melancton procuró ya acostumbrarse á su nueva y gran mision en Francia, para lo cual dijo que el pueblo francés era la primera nacion entre todas las conocidas y la monarquía francesa la cabeza de la cristiandad, mientras Butzer y Hedio ofrecieron al rey Francisco I sus consejos en sentido análogo. Enrique VIII, ocupado entonces con su proyecto de una liga del Norte, temia la posibilidad de una reconciliacion de los protestantes alemanes con el papado; pero la política de la Sajonia electoral no podia comprometerse con la Francia de un modo tan visible, pues no queria renunciar á su objeto particular de aproximarse á la casa de Habsburgo, y por lo mismo se negó Juan Federico en términos bruscos y decisivos á dar licencia á su profesor (Melancton) para pasar á Francia. En las instrucciones escritas de su propio puño expuso á su canciller Bruck, que Melancton, sabio como era, podia conceder mucho mas de lo que aceptasen Lutero y los demás teólogos y que los mediadores franceses, que eran mas discípulos de Erasmo que partidarios de la Reforma, explotarian su conocida debilidad de principios.

Mientras el núcleo de teólogos de Wittenberg quedaba así privado de intervenir en la reforma religiosa francesa, un jóven francés, atraído desde poco tiempo antes al partido reformista, redactó una defensa de sus correligionarios y de su doctrina que dedicó á Francisco I y proclamó la verdad y triunfo final de la llamada religion nueva con una energía muy distinta de todas las apologías y proposiciones pacíficas de Melancton. Este francés era Juan Calvino, que preparado



completamente para la gran mision de reformador religioso, abandonó en 1536, á la edad de 26 años, su retiro de hombre erudito para dedicarse á cumplir su mision con la energía irresistible del que cree cumplir una órden divina.

Francisco I, que envió sus representantes á la asamblea de la liga de Smalcalda (en diciembre de 1535), no pudo conseguir el auxilio de los miembros de esta liga para la inminente renovacion de su guerra contra el emperador, y tambien encontró grande resistencia el ofrecimiento de Enrique VIII de entrar en la misma liga, resistencia debida no tanto á motivos políticos como á motivos religiosos, sobre todo por parte del elector de Sajonia. Enrique VIII habia llegado á la ruptura completa con Roma en su ensañamiento contra la curia, que no habia querido complacerle en el asunto de su divorcio; y á consecuencia de esta ruptura se habia hecho creador de una Iglesia nacional, Iglesia que, segun el juicio durísimo pero acertado de Scherr, jamás ha podido hacer desaparecer las huellas de su origen impuro. Un exceso de despotismo y de falsedades caracteriza el desarrollo de la reforma religiosa inglesa. No puede ocultarse en los primeros pasos de esta reforma el vergonzoso amorío del déspota, que fué el motivo de la separacion de la Iglesia anglicana, y detrás de todas las declaraciones solemnes del rey y del parlamento se ve siempre la figura de aquella mujer coqueta, maligna y ambiciosa, bien que ella misma no tardó en sucumbir víctima tambien del régimen personal é inexorable de aquel déspota. Por lo demás, la Inglaterra se hallaba mas preparada que otro país alguno para tener una Iglesia nacional, y la ambicion de Enrique por gozar de su soberanía completa, ambicion alentada por Tomás Cromwell, antiguo auxiliar de Wolsey (hacendista y jurisconsulto ladino), no encontró gran resistencia en el clero inglés, el cual en el año 1531 habia declarado al rey único soberano y protector de las iglesias de Inglaterra «hasta donde lo permitia la ley de Cristo.» Despues la corona con el auxilio del parlamento supo allanar esta débil barrera del poder espiritual. El rey, á causa del enlace de sus inclinaciones personales con la antigua lucha entre la Iglesia y el poder civil, siguió la corriente de los sucesos; creyó humillante para su dignidad que un príncipe hubiese de estar sometido á un ente como el Papa, que en rigor debia estar sometido al rey, y sus servidores llegaron á decir que el rey tenia que proveer igualmente á la salud corporal y á la espiritual de sus súbditos y que podia extender la legislacion por medio del parlamento á ambas esferas. Los servidores de Enrique VIII sacaron del olvido el escrito titulado: *Defensor Pacis*, la apología mas extrema de la omnipotencia de la autoridad real que ha producido la Edad media, y se publicó una traduccion inglesa de esta obra.

La mano derecha del rey reformador fué Tomás Cranmer, desde 1533 arzobispo de Cantorbery, diplomático eclesiástico distinguido y, al propio tiempo, partidario secreto de la Reforma, tanto que estaba secretamente casado. Este hombre desplegó toda su habilidad para dar á la nueva Iglesia y al nuevo matrimonio de su señor la consagracion eclesiástica, al paso que introdujo disimuladamente en la transformacion política de la Iglesia anglicana varios elementos reformistas. En febrero de 1533 una ley anuló toda jurisdiccion del Papa en Inglaterra y prohibió toda apelacion á Roma en asuntos eclesiásticos del país; y en 18 de noviembre de 1534 contestó Enrique VIII á la bula de excomunion del Papa con la declaracion de supremacia, por la cual el rey era declarado cabeza suprema de la Iglesia anglicana en la tierra, despues de Dios, quedando así unido en Inglaterra el poder civil al eclesiástico, lo que no habia podido lograrse en Alemania sino imperfectamente. Además en Inglaterra el nuevo

órden de sucesion iba estrechamente enlazado con la transformacion eclesiástica.

Admirable aparece la firmeza con la cual sostuvieron su derecho Catalina, la reina repudiada, y su hija María, sin dejarse acobardar por ninguna de las muchas indignidades de sus contrarios. Entre estos, Ana Bolena habia jurado humillar el orgullo español, y no contenta con ver amenazadas de muerte á la madre y á la hija, parece haber tratado positivamente de hacer ejecutar á la jóven princesa en ausencia de Enrique VIII, al cual no cesó de instar á que aplicara la ley sin misericordia á las dos mujeres. No es extraño, por tanto, que se atribuyera la muerte de Catalina, ocurrida en 8 de enero de 1536, á una pócima de veneno propinado por su enemiga. Enrique VIII celebró esta muerte de una manera muy brutal, presentándose en la corte vestido de piés á cabeza de amarillo, con una pluma blanca en el birrete. La verdad era que casi toda la nacion estaba de parte del derecho; y el orgullo descarado de Ana, que trataba hasta á su tío el duque de Norfolk, segun se dijo, «peor que á un perro,» no era muy propio para disminuir la creciente aversion á su esposo. No solamente en Irlanda sino hasta en Inglaterra era inminente la revolucion, y los revolucionarios contaban con la intervencion del emperador. Esta aversion fué tambien fatal hasta cierto punto á la reforma religiosa, cuya principal fomentadora era, en opinion del embajador imperial, Ana Bolena.

En esta situacion buscó Enrique VIII un apoyo en la liga de Smalcalda y tambien entró en relaciones con Melanchton, que dedicó al coronado contrario de Lutero una nueva edicion de sus *Loci communes*, y que de muy buena gana hubiera pasado á Inglaterra; mas las explicaciones de los enviados ingleses con los reformadores de Wittenberg no dieron ningun resultado. Lutero en particular se pronunció á favor de la reina repudiada, como ya lo habia hecho en 1531 Melanchton, que habia dicho que el rey no podia disolver su matrimonio y que seria preferible que tomara una segunda mujer además de la primera, ya que el derecho divino no prohibia la poligamia. La brutalidad inhumana con que allanó Enrique VIII todos los obstáculos que se opusieron á su voluntad soberana, acabó por impresionar tambien á la Alemania protestante. Las nuevas leyes proclamadas en Inglaterra habian tenido por primeras víctimas solo á notabilidades del catolicismo inglés. En la primavera de 1535 pagaron con martirios y muerte su fidelidad á la autoridad papal muchos individuos del clero monacal mas venerable y poco despues cayeron las cabezas del anciano obispo Fisher, de Rochester, y del noble Tomás Moro, que despues de la caida de Wolsey habia sido canciller durante algunos años. Parece una ironía del destino que este Moro quedase convencido del origen divino del primado del obispo de Roma cabalmente por el escrito de Enrique VIII dirigido contra Lutero. El papa Paulo III concedió la dignidad cardenalicia al obispo Fisher cuando ya se hallaba éste acusado, y el interesarse Francisco I por él cerca del rey puso el sello á la desgracia de los dos últimos acusados. A pesar de que ambos aceptaron la ley de sucesion y la supremacia eclesiástica y civil del rey para salvarse, todo fué inútil. Fisher habia sido el polemista mas ardiente contra Lutero y Moro fué enemigo mortal de todos los herejes, y sin embargo pareció su ejecucion á los alemanes protestantes como un asesinato jurídico y hasta se dijo en Alemania que habian muerto confesando la fe reformista.

El horror fué en aumento cuando se supo la decapitacion de la reina Ana Bolena. Hacia ya tiempo que el rey se habia dejado cautivar por otra mujer; y la circunstancia de que Ana Bolena dió á luz en 7 de setiembre de 1533 una niña y no un varon, como habian anunciado los astrólogos, decidió la

suerte de esta reina, á pesar de que continuó defendiéndose todavía algunos años y aun encontró apoyo de parte de su antiguo enemigo el emperador. El mismo objeto persiguió por su parte Cromwell, á saber: una alianza con Carlos V; pero un singular eslabonamiento de circunstancias le indujo á pedir la muerte de la reina en lugar del divorcio, que habia sido su primera intencion. Es posible y hasta probable que la contestacion desagradable de los teólogos de Wittenberg contribuyera á que el rey prefiriera la muerte al divorcio. Ana Bolena fué acusada de adulterio con motivo de algunas expresiones imprudentes que en aquella corte frívola se oían todos los dias; y despues de una breve formacion de causa, cuyas primeras víctimas fueron el hermano y los pretendidos amantes de la reina, murió ésta bajo el hacha del verdugo en 9 de mayo de 1536. Un tribunal presidido por Cranmer declaró nulo su matrimonio con el rey, fundándose en que éste habia tenido antes relaciones ilegítimas con la hermana de Ana Bolena. El déspota no retrocedió ante ninguna vergüenza ni deshonra para desembarazarse de la mujer á quien algun día habia amado. Al dia siguiente de la ejecucion se desposó y poco despues se casó con Juana Seymour. Los instrumentos sumisos á la voluntad del rey eran perfectamente dignos de éste.

Los protestantes de Estrasburgo, que eran los partidarios mas entusiastas de la alianza anglo-alemana, quedaron consternados al saber que Enrique VIII habia hecho decapitar á su segunda mujer, á la cual la fama habia atribuido simpatías por la Reforma. En general la influencia predominante del elector de Sajonia fué la que mas se opuso á una alianza del protestantismo alemán con el extranjero, á pesar de que debian de ser muy lisonjeras para los príncipes del imperio aliados las frecuentes misiones y ofrecimientos de potencias extrañas, que no podian menos de dar á aquellos magnates una idea muy grande de su importancia política. Juan Federico observó no obstante una actitud tan fria, hasta respecto de la liga de Smalcalda, que habia razon para suponerle la intencion de no prorogar esta liga mas allá de 1537 y dejar que se disolviera. En realidad le disgustó tanto la alianza con los sacramentistas de la Alemania meridional como la union con potencias no alemanas; y las discusiones entre los teólogos luteranos y los de la Alemania meridional volvieron á adquirir entonces una importancia política mayor. Desde la separacion mas pronunciada de los partidos religiosos se habian acostumbrado muchas personas á la idea de que tampoco en asuntos temporales podia haber fe y confianza si faltaba la concordia en los dogmas fundamentales y la consiguiente comunidad de intereses, exceptuando, á consecuencia de una piedad hereditaria, al emperador y al imperio.

Se ignoraban entonces todavía en Alemania los medios empleados por Enrique VIII para amansar á sus teólogos y demás consejeros; ni nadie se hubiera atrevido en Alemania á obligar, por ejemplo, á Lutero con amenazas á renegar de sus convicciones. Lutero concedió sin dificultad, pues era apremiante por lo necesaria enfrente de los papistas, á quienes llamaba «asesinos y perros de presa,» la union entre los evangélicos; y al mismo tiempo miró con la mayor desconfianza, impulsado por su conciencia, las declaraciones conciliadoras de los alemanes protestantes del Mediodía. Amsdorf calificó con su acostumbrada viveza de mentira inicua el deseo manifestado por los teólogos de Estrasburgo de ponerse de acuerdo con Lutero. La pretension de los teólogos de Wittenberg de ser en materia religiosa una especie de instancia suprema, causó mucho disgusto, como era natural, á los protestantes del Mediodía, lo que produjo gran desconfianza y juicios durísimos respecto de Lutero. El amigo de Zwinglio, Leon Judá, el traductor suizo de la Biblia, dijo, por

ejemplo, que desde el tiempo de los apóstoles nadie habia hablado tan ridícula é irrespetuosamente ni tan irreligiosamente como Lutero, y añadió: «Si no nos defendemos desde el primer instante, hay que esperar que este hombre pretenderá ser otro Papa que lo determine y cambie todo segun le plazca, condenando á unos al infierno y agraciando á otros con el cielo.» Fué necesaria la buena voluntad inextinguible y la gran habilidad de Butzer para evitar por lo menos lo peor, la separacion definitiva de los protestantes alemanes y de los de la liga de Smalcalda en dos campos religiosos irreconciliables. Justamente entonces apareció Melanchton, antes el adversario mas decidido de toda mediacion, aproximándose á los alemanes meridionales en el punto mas decisivo. Habia llegado, en el desenvolvimiento de sus trabajos dogmáticos, á abandonar su anterior doctrina inflexible de la predestinacion; y de la misma manera, siendo de carácter impresionable y hasta débil, le habia causado grandísima impresion ya en el parlamento de Augsburgo un escrito de Ecolampadio demostrando que en los tres primeros siglos del cristianismo habian dominado diferentes maneras de considerar la Eucaristía. Por este motivo escribió Melanchton ya en abril de 1531 á Butzer que esperaba ver llegar á los protestantes á una concordia; que jamás le habian gustado las violentas disputas entre Lutero y Zwinglio, y que mejor seria para todos que se abandonaran poco á poco aquellos combates lastimosos. Por supuesto que Melanchton no era hombre capaz de manifestar pública y francamente su discrepancia de las ideas de Lutero; y á una entrevista con Butzer, que tuvo efecto en Cassel en diciembre de 1534, acudió solo como «portador de una opinion ajena.» Entonces Lutero insistió, mas rudamente que nunca, en que en la Eucaristía «se comia y se mascaba con el pan eucarístico el verdadero cuerpo de Cristo.» A la vuelta de Cassel, Melanchton, con su conducta, suscitó en su amigo la sospecha de que profesara casi las opiniones de Zwinglio. Contra las advertencias de Melanchton, que consideraba que la repeticion de tales entrevistas no haria mas que exasperar las opiniones encontradas, en mayo de 1536 se presentó en Wittenberg una respetable comision de protestantes del Mediodía, capitaneados por Butzer, para tratar personalmente con Lutero, habiéndose negado á tomar parte en esta entrevista los protestantes suizos, que poco antes, en marzo de 1536, habian modificado algo, en una profesion de fe convenida en Basilea, la doctrina eucarística, aunque sin conceder la presencia material del cuerpo de Cristo. Lutero en la entrevista se mostró mucho mas accesible que nunca, si bien al principio le habia prevenido contra aquellos protestantes la publicacion de un escrito póstumo de Zwinglio. El punto mas difícil de la cuestion fué: si los incrédulos rematados, al tomar la comunión, recibian lo mismo que los creyentes el cuerpo de Cristo, lo cual no querian admitir los protestantes del Mediodía. Lutero y los suyos, entre los cuales no figuraron los géneros mas ardientes, como Amsdorf y Osiander, se decidieron á renunciar á toda disputa sobre este punto y á reconocer á los contrarios como queridos hermanos en Cristo, lo que hizo verter lágrimas á Butzer y á Capiton cuando Lutero personalmente les comunicó esta noticia de paz. A pesar de todo no se restableció la paz, si bien el pacto de concordia fué firmado con toda formalidad en 29 de mayo, dando por único resultado solo una tregua: primero porque la concordia que firmaron no fué obligatoria para los protestantes del Mediodía, siendo solo declarada provisional, y luego porque en ella no se habia llegado á una avenencia respecto del punto de los impíos que tomaban la comunión. Verdad es que Lutero exhortó á que por ambas partes se diera al olvido lo que habia sucedido hasta entonces, y se cubriese con



una pesada losa; pero á pesar de esto se levantaron voces de descontento entre sus propios adeptos y en el Mediodía de Alemania se recibieron con antipatía declarada los artículos impuestos casi por los teólogos de Wittenberg, que no fueron aceptados en absoluto por la ciudad de Constanza, mientras otras, en primer lugar Ulma, los adoptaron vacilando y con reservas. Menos todavía se conformaron los suizos con el acuerdo tomado en Wittenberg, cuya confesion de fe habia merecido á Lutero un juicio bastante favorable. Una asamblea de teólogos reunida en Basilea, en noviembre de 1536, aprobó en general la «concordia» de Wittenberg con la esperanza de que fuese un principio de union, á pesar de lo cual repitió su profesion de fe en términos mas precisos y explícitos. De todos modos, era ya un triunfo hasta cierto punto que Lutero hubiese llegado á tratar amistosamente con los protestantes suizos, y que aun sin llegar á una avenencia recomendara la confianza mútua hasta que se aclararan los puntos cuestionables. Hubo de ser para él un gran acto de voluntad el declarar en una carta á Bullinger, sucesor de Zwinglio, que desde su entrevista en Marburgo le habia tenido siempre por una persona excelente; é igualmente dijo en presencia de sus amigos que los suizos eran gente religiosa, con la cual se debía tener tolerancia hasta conquistarla del todo; pero la verdad era que á los protestantes suizos no les pasó jamás siquiera por la mente conseguir la union sometándose y sacrificando sus convicciones dogmáticas ante los teólogos de Wittenberg.

Esto no obstante, resultó visiblemente ventajosa para la actitud y consideracion del protestantismo aleman esta oculacion pobrísima de la divergencia existente; cosa tanto mas importante cuanto que justamente entonces la liga de Smalcalda se vió obligada á pronunciarse francamente respecto de la cuestion del concilio y enfrente del emperador, porque el papa Paulo III habia convocado en 2 de junio de 1536 el concilio general para el 23 de mayo del año siguiente, indicando como lugar de reunion la ciudad de Mántua, omitiendo deliberadamente la cláusula antigua de que seria un concilio independiente, segun usanza de la Iglesia católica. Tambien procuró el Papa que el emperador concediera salvo-conducto á los luteranos que fueran al concilio; mas por otra parte no podia ser lisonjero para los protestantes alemanes que el objeto principal del concilio fuera, segun la convocatoria, la extirpacion de las herejías recientes, y que una bula publicada poco tiempo despues señalase expresamente la extirpacion de la herejía luterana. A pesar de todo opinaron muchos protestantes que debian enviarse representantes al concilio; y Melanchton y Lutero mismos declararon ser de opinion que el Papa tenia el derecho de convocar un concilio y llamar ante él á los que quisiese.

El elector de Sajonia, Juan Federico, acarició la idea de que Lutero y sus adeptos convocasen un concilio contrario en la ciudad de Augsburgo, y que los miembros de la liga de Smalcalda reunieran por lo menos una fuerza de 18,000 hombres para proteger aquel contra-concilio. Tambien se discutió cómo se comunicaria esta convocatoria al Papa y hasta cuánto séquito á caballo se permitiría llevar al emperador y á los reyes extranjeros que asistiesen al contra-concilio. Los teólogos de la Reforma se declararon contra la convocacion de semejante concilio, pero dijeron que las autoridades tendrian el derecho de oponerse y defenderse si el concilio convocado por el Papa formara alguna causa contra los reformistas; á lo cual añadió Lutero que tambien se defenderia por su parte con sus oraciones y si necesario fuese hasta con el puño.

Encargado Lutero por el príncipe elector de formular lo que debiera sostenerse, lo mismo ante un concilio que ante

el tribunal de Dios, expresó en términos vivísimos su juicio sobre la misa católica, diciendo que era la mayor y mas terrible de las abominaciones, «la cola de dragon de la cual habian salido todas las sabandijas é inmundicias idólatras.» Despues declaró imposible un papado verdaderamente cristiano que pretendiera origen divino y que el Papa era el verdadero Anticristo. En este punto no pudo menos de manifestar su discrepancia Melanchton, diciendo que si el Papa permitiera el Evangelio, se le reconoceria tambien de parte de los protestantes su supremacía sobre los obispos. Es digno de notarse que en la asamblea de Smalcalda, que ha dado el nombre á aquellos artículos, se quejara Melanchton al landgrave de que Lutero nada quisiera conceder á los papistas, opinando tambien que la redaccion demasiado rígida de la doctrina de la Eucaristía era contraria á la concordia. Los alemanes meridionales no firmaron estos artículos de Smalcalda, lo que Melanchton atribuyó á Bugenhagen, del cual decia que era un hombre muy violento, como hijo grosero de Pomerania.

Lo que decidió por lo pronto la cuestion del concilio fué la declaracion de guerra que hizo Lutero al papado, pues no fué otra cosa aquel escrito de Lutero redactado por encargo de su soberano y que Lutero mismo declaró ser «su testamento.» Así lo experimentó Vorstius, legado del Papa, que tuvo el valor de presentarse en la asamblea de Smalcalda (1537). Juan Federico, elector de Sajonia, le recibió en audiencia, pero no quiso recibir el escrito del Papa. Los demás príncipes se negaron á recibirle, y Melanchton dijo que aquella manera de tratar al nuncio y al enviado del emperador era indigna de personas decentes. Los miembros protestantes del imperio se expresaron con la mas ruda franqueza al oír las pretensiones del emperador, que les fueron comunicadas por el vice-canciller Matías Held. El emperador pedia que todos los protestantes tomaran parte en el concilio; que se atuviesen rigurosamente á lo estipulado en la paz religiosa de Nuremberg, y que además reconocieran el tribunal imperial como autoridad que debía decidir lo que era asunto religioso ó no. Si los protestantes hubieran concedido esto, se habrían negado ellos mismos su existencia política, la cual era la base verdadera de la suerte presente y futura de su Evangelio. Fuera de esto, la persona y la actitud del enviado imperial excitaron la sospecha de que obedeciera mas á sus propias inspiraciones que á las órdenes de su soberano, cuyas instrucciones no quiso presentar. En efecto, existe una instruccion secreta en la cual el emperador indica á su enviado la posibilidad de dar una seguridad permanente á los reformistas de no perseguirles y hasta de concederles un concilio nacional; pero el vice-canciller Matías Held, despues de haber sido consultor adjunto del tribunal imperial, estaba decidido, con toda la tenacidad de que un juriconsulto es capaz, á sostener la lucha contra los herejes é infractores del derecho, y uno de sus amigos advirtió á Sturm, el gran teólogo de Estrasburgo, que los soberanos alemanes tenian cabezas germánicas mientras que este vice-canciller tenia cabeza de italiano. El plan acariciado por Held era la formacion de una alianza de todos los católicos alemanes del Mediodía, acaudillados por el rey Fernando, con los del Norte, robustecidos por los de los Países-Bajos, acaudillados por el emperador. En vano se esforzó por inclinar á favor de su plan á la ciudad de Nuremberg, pero habia que esperar de él todavía otras intrigas.

Los protestantes, convencidos ya del ningun valor práctico de la paz de Nuremberg, prescindieron de ella y en la asamblea de diciembre de 1535 no solo prolongaron la liga de Smalcalda por diez años mas sino que decidieron admitir en ella á todos los miembros del imperio que observaran la

Confesion de Augsburgo. A consecuencia de esta decision entraron en la liga el Wurtemberg, la Pomerania, Anhalt y las ciudades de Augsburgo, Francfort, Hanover y Kempten, lo que obligó á aumentar el consejo de la liga con cuatro votos nuevos, á saber, dos de príncipes y dos de ciudades. En esta situacion no tuvieron mas remedio que responder á la pretension del enviado imperial de aplicarles la ley á la letra, que el tribunal imperial era parcial y que sus conciencias se oponian á los fallos y ejecuciones de un tribunal semejante. Estos, como todos los partidos, explicaron la lucha por su derecho, que se habia transformado en lucha por el predominio, con la lógica de siempre, diciendo que sus extralimitaciones y su invasion en la propiedad y en las atribuciones del clero eran muy justas y conformes á la razon; que el tratar de perseguirles judicialmente era un abuso de la fuerza bruta, pues que tratándose de monjes y clérigos no podia siquiera hablarse de propiedad legítima, porque habian adquirido todo cuanto poseian «siendo seductores impíos del público.» Era esta la antigua teoría de Wiclef y de los husitas, que negaba todo derecho á los que en su opinion habian abandonado á Dios y, por consiguiente, habian perdido todo dominio y propiedad. Los protestantes dijeron que ante la verdad divina no habia propiedad, uso, costumbre ni posesion antigua que pudiera invocarse. Esta teoría era enteramente revolucionaria, ni mas ni menos que las exigencias de los campesinos sublevados; pero tambien es verdad que sin revolucion no se ha sostenido todavía ningun gran movimiento social.

A medida que el poder del imperio perdia en autoridad, tanto mas rigurosos se hicieron los gobiernos en los diferentes territorios; y el obispo y cabildo de Augsburgo tratando del consejo municipal de aquella ciudad, que en enero de 1537, en virtud de «su poder soberano y de su autoridad verdadera,» habia abolido el culto católico y la posicion privilegiada del clero, ordenando á los refractarios abandonar la ciudad en el término de ocho dias bajo penas corporales, pérdida de honores y de propiedad, dijeron: «Los adeptos de la Confesion de Augsburgo declaran que no deben la obediencia en materia de fe, diferentes veces reclamada por el emperador y rey en calidad de autoridad suprema; pero exigen esta misma obediencia de sus ciudadanos ó vecinos de la ciudad.» Los protestantes se creyeron de veras exentos, como dice Butzer en uno de sus escritos, de preguntar siquiera al establecer las modificaciones eclesiásticas y políticas en el interior de cada territorio, por lo que podia decir la autoridad suprema del imperio. Tambien dice Butzer que del emperador no habia que esperar mas guerra que del soberano de la India.

No puede ponderarse jamás bastante la ventaja que resultó para los protestantes alemanes de las no interrumpidas complicaciones que no cesó de engendrar la política imperial con sus proyectos de poder universal, ni el perjuicio que nació para los protestantes de su equivocadísima opinion respecto de su emperador.

Carlos V habia hablado despues de su victoria en Túnez de nuevas empresas contra Argel y Constantinopla; mas durante su regreso murió (1.º de noviembre de 1535) Francisco Sforza, enfermizo desde mucho tiempo, á quien el emperador habia casado poco tiempo antes con su sobrina Cristina de Dinamarca, niña todavía. Francisco I habia declarado que además de Génova y Asti le correspondia heredar, á la muerte de Sforza, todo el ducado de Milan; y mientras se negociaba, prescindiendo de la pretension del rey de Francia, sobre si se daría el ducado de Milan al segundo ó al tercer hijo del rey, tomó Francisco la ofensiva ocupando sibi-

tamente en marzo de 1536 la Saboya, apoyándose en pretendidos derechos de sucesion de su madre, derechos que habian sido despreciados por su hermano político el duque reinante Carlos. Este solo era un pretexto, y lo que Francisco queria era asegurarse el acceso de Italia y al propio tiempo hacer inofensivo á un príncipe emparentado con el emperador y su partidario. Si el rey Francisco no se apoderó al mismo tiempo de la ciudad de Ginebra fué únicamente debido á la rapidez con que la ciudad de Berna ocupó en el mes de enero precedente aquella ciudad y la Saboya septentrional, renovando su derecho de mantener una guarnicion en Ginebra. El emperador, indignado, perdió su habitual dominio sobre sí mismo y pronunció en la sala consistorial de Roma con la cabeza descubierta, ante el Papa y los cardenales y en presencia de los embajadores de Venecia, el discurso mas largo de toda su vida, diciendo al Papa que queria darle cuenta de todas sus acciones y de cuanto habia ocurrido entre él y la Francia, y al fin de su discurso volvió á su proposicion de un combate singular entre él y el rey de Francia, que podrian efectuar los dos en una isla ó bien en un puente de barcas. Al pronunciar este discurso iba mirando una nota escrita que se habia preparado para no olvidar nada. La verdad era que Carlos V nada bueno podia esperar de Paulo III, que ante todo queria establecer regimiento á su hijo y que habia estado ya en tratos con el rey de Francia para conseguir para uno de sus nietos el ducado de Milan. Un embajador de Venecia refiere en una de sus cartas que Paulo III, de cuya parentela la corte de España nada bueno esperaba, colmó al emperador de reconvencciones, diciéndole que él tenia la culpa de haberse perdido la Inglaterra y de haber crecido la herejía alemana, por no haberla aniquilado en el parlamento de Worms, y que le habia instado á excomulgar al rey Francisco I, á fin de separar á Francia de la cristiandad. La verdad era que el rey Francisco habia hecho con la Sublime Puerta un tratado de paz y de comercio, en el cual quedó además abierto el ingreso al Papa y á los soberanos de Inglaterra y Escocia; en el verano de 1536 se presentó en las costas de Italia una escuadra turca, de la cual formaban parte buques franceses, y se temia para el año siguiente un nuevo y formidable ataque, tanto que el Papa no se creía ya seguro en Roma. Esta alianza del rey Cristianísimo con el enemigo mortal de la cristiandad es llamada por el historiador Ranke «un protestantismo político militar» y un nuevo progreso en la política europea, «quizás la idea mas eficaz de cuantas han contribuido á fundar el poder político civil completamente independiente de todas las consideraciones extrañas al país respectivo.»

La indignacion poco menos que general contra la iniquidad de esta alianza franco-turca ejerció mas adelante su inevitable influencia sobre la política de Francisco I; mas por lo pronto este soberano se valió del mismo medio que se le ofrecia para sostenerse á la defensiva, á la cual le obligó el avance victorioso del emperador, que á despecho de todas las advertencias contrarias de sus consejeros, se decidió á invadir la Francia meridional despues que fácilmente se habia hecho dueño del Piamonte. Pero el gobierno francés habia cometido la feroz crueldad de transformar la fértil Provenza en un desierto, destruyendo todos los frutos y provisiones de víveres, todas las fuentes, hornos de pan cocer y molinos, desarmando y evacuando la mayor parte de las ciudades, y obligando á los infelices habitantes á buscar asilo en las plazas fuertes destinadas á ser sostenidas, ó en los bosques y montañas. El resultado fué el hambre y las epidemias sembraron la muerte en las filas del ejército imperial, mientras que Francisco I tenia reunidas sus fuerzas en los campamentos casi inexpugnables de Aviñon y de Va-